

H. G. WELLS

Y SUS PRINCIPALES OBRAS

Por NORMAN NICHOLSON

Estos días nos ha traído el telégrafo la triste noticia del fallecimiento del popular escritor inglés H. G. Wells. En el artículo que a continuación publicamos, original de Norman Nicholson, y que habíamos recibido pocos días antes, encontrará el lector una breve reseña de su vida y de sus principales obras.

HERBERT George Wells nació en 1866. Su padre, que había sido guarda de una casa de campo, tenía una cacharrería en Bromley, Kent, en la época en que el joven Herbert George vino al mundo. Nunca le produjo nada este negocio, y el niño creció desnutrido y mal educado. Pero su madre tenía pretensiones para el muchacho, y lo metió de aprendiz en una pañería del pueblo, de la cual fué despedido bien pronto. Entró de bedel en una escuela particular, fué mancebo de botica, otra vez dependiente de una pañería, y profesor en una Escuela de Letras, hasta que al fin mejoró su suerte. Siempre tuvo un interés especial por los estudios biológicos, y así fué admitido como aprendiz en el gabinete de Thomas Huxley, abuelo de Aldous, el famoso escritor inglés, y de Julián, el sabio y popular locutor de la Radio de Londres.

La primera obra que vió publicada fué un tratado de Biología, aunque ya antes de éste había escrito un cuento, titulado *The Cronic Argonauts*, que, corregido, se publicó más adelante bajo el título de *La Máquina del Tiempo* (The Time Machine). Cuenta la vida

de un hombre que inventa una máquina por medio de la cual podía viajar «anticipándose» o «retrasándose» al tiempo; tema muy apropiado para la imaginación del joven Wells. Los descubrimientos de la ciencia y sus posibilidades empezaron a fascinarle, y aunque no tuvo nunca la poderosa imaginación de un Julio Verne, poseyó más ingenuidad, y era capaz de hacer verosímiles las más extravagantes invenciones. Esto era precisamente lo que su público necesitaba. La última centuria ha dado a la vida una interpretación mecánica; pero aún necesitaba sueños y maravillas. Anteriormente, para satisfacer su afán, había buscado historias en los horrores de la Edad Media, y ahora volvía a la novela científica.

Wells estaba capacitado para complacer a su nuevo público, y bien pronto se convirtió en el profeta del progreso material. Su cabeza estaba llena de ideas. *La Guerra de los Mundos* habla de la Tierra invadida por los habitantes de Marte; *La guerra en el aire* previó el uso de los dirigibles y aeroplanos; *El alimento de los dioses* es una sustancia que hace a las criaturas crecer muchas veces su tamaño normal. Escribió cuentos de la Edad de Piedra; de una estrella que casi choca con la Tierra; de una droga que hacía a los hombres moverse y pensar con tanta velocidad, que parece que la vida a su alrededor se desarrolla con demasiada lentitud.

Asombroso como es todo esto, no agotó el genio de Wells para el tipo de novela que retratase la vida real. Así, en 1900 empezó a escribir la primera de una serie de novelas en que iba a describir su primera experiencia de la vida. Así escribió *El Amor y Mr. Levisham*, historia de un joven profesor, formal, descuidado en el vestir y en su persona, pobre, pero con agudo y semiconsciente sentido de la belleza. Cinco años después volvió al mismo tema con *Kipps*, dependiente de un gran almacén de paños en Folkestone. El protagonista es menos educado que Mr. Levisham; pero en su primera juventud poseyó aquella brillantez que parece haber sido patrimonio de los primeros años de este siglo. Kipps hereda una fortuna, se relaciona con la buena sociedad, está a punto de casarse; pero siempre se siente desgraciado, hasta que al fin salta por todo y se casa con una muchacha de su clase. El protagonista fué



El eminente escritor inglés, recientemente fallecido, H. G. Wells. Fotografía tomada en 1934.

concebido, según dice Wells, «en una disposición de ánimo cercana a la indignación; es una criatura desnutrida y cretina, raquítica, casi analfabeta y desaseada...» Pero, cosa singular, no es la indignación ni el análisis social lo que da valor al libro, sino su trama y la imaginación creadora que demuestra.

La historia de Mr. Polly tiene casi la misma intención que *Kipps*; pero nadie puede decir que Mr. Polly sea un «desnutrido». También él ha sufrido las consecuencias de su mala crianza; pero siempre fué un hombre de ideas, con rasgos originales. Sentía compasión de sí mismo y lo tomaba a broma; era cobarde y valiente al mismo tiempo. Desde el principio de la obra gana nuestra simpatía, y es una de las más exuberantes creaciones de la literatura moderna.

Wells le pone en conflicto con la sociedad. Es un tendero en lucha incesante para enjugar sus deudas y contra su machacona esposa y la asepsia que padece. Se escapa, provoca un incendio, intenta suicidarse, y al fin llega a la taberna de Potwell, junto al río. Entonces sigue la defensa de la taberna contra el asedio del tío Jim, en la cual Wells olvida completamente su tesis y escribe con magnífica vena literaria, levantándose al nivel de la pura y alegre farsa en la relación de un incidente, la cual relación no tiene rival en la literatura de este siglo.

La cuarta comedia de la vida de la clase media es *Tono-Bungay*. Un boticario de pueblo pone a la venta un específico inocuo, logra una inmensa fortuna y la pierde. Es una obra animada, tanto en la observación de los personajes como en el humor que denota; pero ya lleva signos de lo que le iba a ocurrir a Wells, pues siempre se habla en primera persona y continuamente el narrador se aparta del tema para disertar sobre finanzas, política, religión, etc. Desde entonces Wells perdió su instinto de la ficción, y ya sus novelas, aunque todavía conservaron mucha invención, fueron escritas por su autor como base de sus teorías. En libro tras libro se desintegra el argumento, y sus personajes marchan y hablan, o se sientan y argumentan, hasta que en *El mundo de William Clissold* ni siquiera se intenta mantener la trama de una novela.

Wells prefirió ser educador más que escritor para divertir a su público, y por eso dedicó gran parte del tiempo a escribir obras de divulgación, como *La ciencia de la vida*. Su reputación, sin embargo, descansará siempre en su obra literaria, en la cual debemos admitir fué unas veces pesado, algunas ingenuo, aunque nunca fué prosaico en su estilo. No obstante, su mejor obra tiene una vitalidad que lo distingue de la de otros novelistas que apuntaron más alto que él. Tiene también un dejo poético: la poesía de los placeres sencillos, de los cafés y muelles, de los paseos en bicicleta a lo largo de los canales. Y en toda su obra demuestra un gran conocimiento del hombre medio y de la experiencia triste de los malos colegios y de las dificultades económicas. Kipps y Mr. Polly son personajes que perdurarán.